

Emillo Oribe

El ídolo de nadie (1)

A Miss Mary Millington Drake.

I



SIEMPRE ha de ser la Belleza,
para mí, la esencia de una obra creada
o natural que, por armonía propia
de sus elementos,
expresando con cierta oscuridad
un Tiempo,
haciendo admirar sensorialmente
un Tiempo,
se inmoviliza en Idea.

(1) NOTICIA. Este poema es una tentativa de posesión extrema de una idea metafísica por medio de la lírica. Se quiere condensar en él un estado de espíritu que exprese la temporalidad estética disfrazándose con las vestiduras sensibles.

Aquí se insiste en el conocimiento del Tiempo invisible a través de la belleza creada. Había yo viajado bastante por océanos y tierras cuando escribí este poema. Había conocido nuevos admirables rostros en donde la belleza coincide trágicamente con el instante, había vuelto a contemplar el mismo tiempo, las mayores obras de arte de todos los siglos. Todo me con-

Un Tiempo transparente, un Tiempo
sensible,
con el cual el milagro creador
se encuentra en absoluto identificado.
Hay instantes que mueren sin notarse,
en la contemplación del Tiempo presente,
para que pueda subsistir
la belleza de un instante eterno.

II

¿Y, no obstante, oh Belleza, existes?
¿Eres algo real?
¿No eres, no, una forma abstracta,
diáfana sólo en la muerte,
ni una cualidad del Ser,
ni una alternativa del fluír...?
Necesitamos de los sentidos
y de la inteligencia,
de la inteligencia lógica,
para aprehender tu rosa objetiva,
para comprender tu ente esencial,
después de intuírte y sentirte.

firmaba que: la idea del tiempo y la idea de lo bello se resuelven en una identidad.

Pero el problema fundamental permanecerá intacto. De ello estoy seguro. ¿Se puede siquiera intentar expresar en un poema toda la experiencia de la mente humana en un sentido tan difícil como el que es clave de este canto? De toda suerte, ya que la ley de nuestro canto es el perecer, me gustaría que ello ocurriera en el seno de una idea, de un problema o de un elemento.—EMILIO ORIBE.

Oh Belleza! Existes.
Eres algo real.
Eres el ser de una inmóvil Idea,
firme sobre una naturaleza que transcurre.
¿El ídolo de nadie?
¿En vano interrogarte?
No contestas nunca.

III

Si la criatura hermosa que soñamos
o amamos,
subsistirá en su forma eterna
tan sólo en el poema que nos inspira,
¿Cómo saberlo?
Todo saber sobre la Belleza
debe confundirse,
insensiblemente,
con un ahogamiento de la inteligencia
en el Tiempo . . .
En toda poesía absoluta
arde una metafísica del Tiempo.
Ah, como el fuego del vino,
que en la transparencia anuncia
la calidad, el brillo y el gusto que pasan
simultáneamente
con la eternidad del canto
siempre posible!

IV

... Y esta belleza sensible,
la fugaz,
la movediza, la mortal,
¿no es percibida siempre en un Tiempo?
En un Tiempo
espacializado,
para que así ella
pueda fingirse más accesible,
como ley de armonía,
proporción, unidad,
de todo lo existente.

El ídolo que siempre cae
y perdura.

La idea móvil
del Tiempo,
sólo en la obra pura subsiste.
Arroja su ancla en la materia
que pasa y no vuelve.

V

Aquel alto disco de fuego que miro en la noche
no es nada más que la detención
de la luz anónima celeste,
oh, tiniebla,
en un obstáculo.

Así la Belleza
viene en la ola creada del Tiempo,
y toma posesión de las islas brillantes
en la materia,
y luego nos deslumbra
al desnudarse intacta al fin en los colores,
los ritmos, los sonidos.

Sólo por esa detención momentánea
arde la oscura lámpara del instante.
En los párpados del genio y de Dios,
se salva.

Y nos salva de la Muerte.

VI

El ídolo de nadie.
Allí se incuba la proporción dorada,
y la luz estable de toda espuma.
En vano interrogarlo.
No contesta nunca.
Entenebrece las ideas...

Tan sólo es la patentización desnuda
del Tiempo infinito
en la arena carnal
que contemplamos,
en lo incorpóreo,
y en ciertas formas de la abstracta belleza
que se levantan
desde el espíritu del hombre.

¡Ah! No obstante,
jamás podríamos concebir el Verbo
y adorarlo,
si no es hecho carne.

VII

Cuando me inclino
a contemplar el espejo
del río de la Belleza
sólo percibo la imagen detenida
del Tiempo.

Los artificios cósmicos
de lo bello,
en lo impuro material y en el arte,
provocan la felicidad sin límites,
sí, sin límites,
de los sentidos y de la mente,
pero en lo profundo de las formas bellas,
como gigantes llaves de hierro en el fondo del océano,
se hallan sumergidas
las duras tinieblas del Tiempo.

Londres, 1949.